

inmediaciones del palacio. La mayoría de los peticionarios partieron furiosos y dispuestos á utilizar cualquier ocasión de venganza.

No había de tardar mucho esta ocasión en presentarse. La muerte de Enrique II había sido acogida por los protestantes como un presagio de libertad; pero el cardenal de Lorena, que no tenía interés en moderar el rigor de los edictos ni se sentía á ello inclinado, persiguió la condena de Anne du Bourg y de los magistrados sus colegas que, el día de la famosa mercurial, habían reprobado en presencia de Enrique II las persecuciones contra los protestantes. Du Bourg, consejero clérigo del Parlamento, estaba más gravemente comprometido que los otros por su cualidad de eclesiástico, y el obispo de París, encargado de procesarle, habíale declarado hereje y había ordenado que fuese entregado al brazo secular. Du Bourg apeló de la sentencia del obispo de París ante el metropolitano de Sens, y de la sentencia confirmatoria de éste ante el arzobispo de Lyon, primado de las Galias; y á cada nueva condena apelaba de ella, por abusiva, ante el Parlamento de París, el cual declaró por tres veces que no existía abuso. En su consecuencia, fué degradado del subdiaconado y del diaconado por el obispo de Treguier, delegado del de París, «cosa que él recibió con mucha alegría diciendo que de esta manera le quitaban el carácter de la bestia de que habla el Apocalipsis.»

El elector palatino Federico III interesábase por su suerte y enviaba una diputación en demanda de su indulto; las iglesias de Francia oraban por él, y algunos sectarios quisieron vengarle asesinando al presidente Minard, que era el que mayor apasionamiento había demostrado contra los magistrados perseguidos. Du Bourg tuvo un momento de debilidad: á instancias de sus amigos, consintió, para salvar su vida, en paliar sus creencias, pero luego se recobró y dirigió al Parlamento la confesión de fe más explícita. Condenado á ser quemado vivo en la plaza de la Greve, en todo el camino del suplicio no cesó de exhortar á la multitud á que se convirtiera; y su constancia, al decir de un testigo, hizo entre los jóvenes de los colegios más protestantes que todos los libros de Calvino juntos. Las últimas palabras que pronunció fueron un nuevo testimonio de su fe en la gracia soberanamente eficaz: «Dios mío, no me abandones por miedo de que yo te abandone.» (23 de diciembre de 1559.)

Los jueces habían dispuesto secretamente que fuese estrangulado antes de sentir la acción del fuego, y en cuanto á los demás magistrados perseguidos, no quisieron tratarlos con rigor y á unos los absolvieron y á otros los condenaron á algunos meses de suspensión; pero no se mostraron tan indulgentes con la masa protestante. Los párrocos intimaron á los fieles, bajo pena de excomunión, que denunciaran á los herejes que conocieran, y la policía visitó diferentes barrios de París y el arrabal Saint-Germain, calificado de «pequeña Ginebra», registrando los domicilios sospechosos y encarcelando á los que en ellos vivían. Estas pesquisas dieron lugar, en muchos puntos, á resistencias y hasta á luchas. Para juzgar á los disidentes de la religión, dividióse el Parlamento en cuatro cámaras criminales, y dejando á la Cámara de las investigaciones el cuidado de despachar los asuntos civiles, dedicóse por entero á

la obra de depuración religiosa. Los edictos fueron aun más rigurosos: una declaración fechada en Villers-Cotterets en 4 de septiembre de 1559, disponía que las casas en donde se celebraran los conventículos fuesen arrasadas; un edicto de 9 de noviembre imponía la pena de muerte á los organizadores de asambleas ilícitas; otro de febrero de 1560 intimaba á los señores justicias mayores que aplicaran la ley bajo pena de perder sus justicias, y á los comisarios de los barrios de París se les ordenó que fuesen diligentes en recibir las denuncias y en prender á los denunciados. Organizábase, pues, una verdadera inquisición civil que vaciaba las cárceles á medida que las llenaba, á fuerza de sentencias de destierro, de galeras y de muerte. Los Parlaentos de Aix y de Tolosa se distinguieron también por sus rigores.

El pueblo de París, lejos de compadecer á los perseguidos, se asociaba á las violencias. En los sermones de Adviento fueron asesinados en el mismo templo dos individuos que interrumpieron al predicador. Terribles escenas anunciaban la guerra religiosa: varios protestantes invadieron en la noche de Navidad una iglesia del arrabal Saint-Marceau y asesinaron al sacerdote en el altar, en el momento de la consagración; los católicos cerraron las puertas y, reforzados por los soldados de la ronda, dieron allí mismo muerte á los asesinos.

## II.—El tumulto de Amboise

Hasta entonces los reformados habían sufrido pacientemente la cárcel y la hoguera (1); sometíanse á las penas que contra ellos dictaba el Estado católico y marchaban al suplicio sin discutir el poder que los oprimía. Fué aquel el período verdaderamente evangélico de la Reforma. Pero durante el reinado del sucesor de Enrique II varió la actitud de los disidentes, quienes empuñaron las armas para defenderse y comenzaron á devolver golpe por golpe; lo cual se debió á que á los apóstoles de la primera época se habían unido adeptos menos resignados, soldados, hidalgos, grandes señores que al abjurar de la religión católica no habían renunciado al orgullo de raza ni al carácter batallador de los guerreros (2): habían cambiado de fe sin cambiarse de alma, sin despojarse de su anterior personalidad, y «se cansaban de la paciencia cristiana y evangélica.» La Reforma, turbada ya por las pasiones de aquellos semiconvertidos, estaba además comprometida por las alianzas que le imponía la situación; y el gobierno de los Guisa, el recuerdo de su origen extranjero, sus medidas financieras, la desgracia de que hacían objeto á los príncipes de la sangre y á los altos funcionarios de la corona, aumentaban el número de sus adeptos de una manera prodigiosa. Por otra parte, veía ingresar en sus filas á muchos auxiliares sin más convicción que el sentimiento de una injuria ó la afición al cambio; quiséralo ó no, servía de punto de unión á todos los descontentos, dejando de ser únicamente Iglesia para convertirse en partido, condenado á todos los compromisos que el interés político engendra. Hubo hugonotes de Estado como los había de religión, y jamás se vieron en Francia tantos protestantes. La nobleza del Sudoeste,

(1) Había habido ya algunas resistencias, pero parciales. V. pág. 374.

(2) Véase pág. 379 y sig.

menesterosa y turbulenta, alistóse en masa en esta oposición política y religiosa. «No había hijo de buena madre, dice Monluc, el gran capitán, que no quisiera probarla;» pero esos fieles advenedizos, más sensibles á la tiranía de los Lorena que á los «abusos del papa,» habían de arrastrar á los verdaderos reformados á la violencia y á la rebelión.

Mucho tiempo vacilaron estos últimos, pues les costaba romper con las máximas del pasado y con los preceptos de resignación; pero, por otra parte, estaban agriados por la persecución y les tentaban las probabilidades de éxito que les ofrecían la ambición de los príncipes de la sangre, el descontento de la nobleza y la miseria de las provincias. Los teólogos á quienes consultaron mostráronse discordes: la Iglesia calvinista de Estrasburgo preconizaba el empleo de la fuerza, y un desterrado parisiense, el jurisconsulto Hotman, obsesionado por el recuerdo de las matanzas bíblicas, confiaba en que todos los Guisa serían ejecutados y en que no quedaría ni un solo retoño masculino de aquella maldita raza; pero Calvino rechazaba el empleo de la violencia: «Si se vertiera una sola gota de sangre, todos los ríos quedarían tintos en ella; más vale que perezamos todos cien veces antes que ser causa de que el nombre de cristiandad y el Evangelio estén expuestos á tal oprobio.» A lo sumo, admitía la legitimidad de la rebelión si todos los príncipes de la sangre y los Parlaentos, á falta de Estados generales, se declaraban unánimemente contra el gobierno de los tios de la Reina. Esta concesión abrió el camino á los casuistas de la insurrección, los cuales se contentaron con la aprobación de dos príncipes de la sangre y más tarde con la de uno solo; pero el almirante Coligny, que sin haberse aún declarado francamente pertenecía de corazón á la Reforma (1), opinaba probablemente como Calvino. En efecto, no había concurrido á la reunión de Vendome, si bien la reserva en que se mantuvo durante aquellos primeros trastornos se explica no tanto por razones de prudencia como por delicadezas de conciencia y escrúpulos de legitimidad.

Antonio de Borbón y el príncipe de Condé se limitaban á alentar por bajo mano á todos los enemigos de los Guisa; de modo que se iba á empeñar la lucha por sus derechos sin que emitieran una pretensión formal, pública y clara, actitud equívoca que hacía aparecer como simples conspiradores á los adversarios del gobierno. La oposición se componía de tan diversos elementos, que desde el principio hasta el fin guardó la más extraña actitud. Luis de Borbón, antes de lanzarla contra sus rivales, hizo instruir misteriosamente el proceso contra éstos y «encargó á ciertos hombres de probidad bien probada que se encargaran secretamente, pero bien y exactamente,» de las acusaciones formuladas contra los Guisa. «Una vez practicada la información, se vió por el testimonio de gentes notables y calificadas, que pesaban sobre ellos varios crímenes de lesa majestad, además de una infinidad de pillerías, latrocinios y concusiones no sólo contra los dineros del rey, sino también contra los de sus vasallos particulares.» «Vistas y relatadas al Consejo del príncipe estas informaciones, y habida cuenta de que el rey por su

(1) Véase pág. 380.

juventud no podía conocer el mal que á él y á toda Francia se hacía, y menos aún remediarlo, estando como estaba rodeado de sus enemigos (los Guisa), sólo se trató de arbitrar los medios para apoderarse de la persona de Francisco, duque de Guisa, y de Carlos, cardenal de Lorena, su hermano, para hacerles procesar luego por los Estados (2).» Un hidalgo del Perigord, La Renaudie, condenado en otro tiempo como falsario por el Parlamento de Dijón, refugiado en Ginebra y convertido al protestantismo, fué el hombre en quien, por sus rencores de proscrito, su celo de neófito y su energía, recayó la elección para que fuese el ejecutor del decreto y «pusiera el cascabel,» como entonces se decía.

La Renaudie recorrió las provincias y dió cita en Nantes á los hombres de buena voluntad que detestarán á los Guisa. Allí acudieron gentes de todos los ámbitos del reino, hidalgos, soldados y pecheros (febrero de 1560); y las fiestas de una boda que habían llevado á la ciudad gran afluencia de nobles permitieron á los conjurados verse sin llamar la atención. Pretendían éstos representar á los tres órdenes y ser no solamente una reunión de personas agrupadas por un odio común, sino Estados generales en pequeño. Ante aquellos supuestos representantes de la nación atacó La Renaudie á los favoritos que tiranizaban las conciencias, usurpaban, á pesar de ser extranjeros, toda la autoridad y soñaban con la ruina del rey, de la familia real, de los príncipes de la sangre y de la nobleza, y expuso la necesidad de apoderarse de ellos y de imposibilitarlos para causar daño. La asamblea aprobó lo dicho por La Renaudie y le confirmó los poderes que del príncipe de Condé había recibido; además le dió quinientos hidalgos para que le ayudaran á realizar la captura «en la que no podrían extralimitarse.» Todos juraron no emprender nada contra el rey ni contra el estado legítimo del reino, y al prestar este juramento probablemente eran sinceros.

Condé continuaba retraído y La Renaudie alistaba soldados de todos los países haciéndoles prestar juramento al capitán mudo, que era la forma de compromiso usada entre los lansquenets de Alemania cuando alquilaban sus servicios á un jefe desconocido. En cada provincia del reino, sus lugartenientes, Castelnau, Mazeret, Maillé, Brezé y Cocqueville, reclutaban combatientes á la chita callando. Todas estas fuerzas debían dirigirse, por individuos aislados, hacia el Loira, habiéndose fijado el 6 de marzo de 1560 la realización del plan por el cual se esperaba sorprender al rey y á sus ministros en la ciudad abierta de Blois.

La corte abandonó esta ciudad, sin la menor desconfianza, á principios de febrero (1560), para encaminarse lentamente á Amboise; y se dirigió al Norte, hacia Marchenoir, cuya selva atraía al joven rey, más apasionado por la caza de lo que á su salud convenía. Durante el viaje, un primer aviso procedente de Alemania indicó á los Guisa la existencia del complot; pero éstos no hicieron caso de la advertencia. Pocos días después, la noticia se confirmaba; en efecto, un abogado parisiense hugonote, Des Avenelles, que había albergado en su casa á La Renaudie y recibido las

(2) Regnier de la Planche, *De l'Etat de France*, pág. 237.

confidencias de éste, denunció á los conspiradores y sus proyectos: «Cuando vieron el poco poder de aquellos á quienes se nombraba, la cosa no podía caberles en el entendimiento.» Pero el denunciador insistía, afirmando que dentro de doce ó quince días todo habría ocurrido ó fracasado;» y un gentilhomme del duque de Nevers aun dió detalles más concretos. Entonces el cardenal sintió miedo y propuso ir á encerrarse en Amboise; el duque, más sosegado, quiso avanzar hasta Montoire y reconocer el país. Todo estaba tranquilo en los alrededores; más como medida de prudencia el rey abrevió su viaje y se instaló en Amboise, cuyo castillo era bastante fuerte para sostener un sitio (22 de febrero).

El cardenal Granvela, uno de los principales ministros de Felipe II en el gobierno de los Países Bajos, envió nuevo aviso, que, al igual que todos, presentaba el movimiento como dirigido contra los Guisa. El canceller Olivier, á pesar de ser hechura de éstos, tomó pretexto de ello para censurar su política religiosa; y á su vez Coligny, á quien Catalina de Médicis había enviado para que sirviera de consejero ó de rehén, declaró á los ministros responsables de la perturbación de los espíritus y propuso que se suspendiera la persecución contra los protestantes hasta que un concilio decidiera. El Consejo resolvió perdonar á los que, de entre aquéllos, consintieran en vivir, en lo sucesivo, como buenos católicos, y mantener el rigor de las leyes contra los predicantes, perturbadores y conspiradores; en una palabra, concedía una amnistía sin la libertad de conciencia (2 de marzo).

La Renaudie y sus cómplices no tenían razón alguna para deponer las armas; únicamente la instalación de la corte en Amboise les obligaba á modificar su plan, cuya ejecución fué aplazada para el 16 de marzo, habiéndose adoptado las últimas medidas en una reunión que se celebró en el castillo de la Carretiere, á seis leguas de Amboise. El joven Maligny (Edme de Ferrieres), con unos cincuenta hombres, debía introducirse silenciosamente en la ciudad y permanecer oculto en ella; treinta conjurados se alojarían en el mismo castillo, gracias á las inteligencias que en él tenían; y el día fijado, La Renaudie, Castelnau, Mazeret y quinientos hidalgos, reunidos en la casa fortificada de Noizay, invadirían Amboise y ocuparían las inmediaciones del castillo. Entonces, á una señal dada por un amigo desde lo alto de la residencia real, las partidas concentradas en los bosques acudirían en ayuda de los asaltantes; todos juntos derribarían las puertas del castillo, si no se les franqueaban, é irían á pedir al rey respetuosamente, pero con las armas en la mano, que les entregara sus ministros y que escuchara sus humildes peticiones.

Pero estas combinaciones fueron destruidas por los acontecimientos.

Un nuevo traidor, Lignieres, descubrió á los Guisa el secreto de las últimas resoluciones, y el duque adoptó entonces sus medidas, cambiando todas las guardias, organizándolas con hombres de toda su confianza, y mandó amurallar la puerta por donde pensaban los insurrectos penetrar en la ciudad. Al mismo tiempo, envió á Orleans, á Blois, á Bourges, á Tours y á Angers, señores y capitanes fieles que custodiaron todas

las avenidas de Amboise, y conector de los puntos de cita, destacó en las direcciones indicadas tropas de caballería que habían de sorprender en sus guaridas á los grupos diseminados.

Guisa, tan previsora, podía ser víctima de lo imprevisto. Muchos conspiradores habían llegado sigilosamente hasta las inmediaciones de Amboise, adonde también acudían otros que, por ir dispersos y disfrazados por caminos poco conocidos, escapaban á la vigilancia. La corte estaba inquieta y murmuraba, y guardaba mala voluntad á los ministros por la zozobra en que vivía desde el 6 de marzo y por el secuestro en que la tenía la incertidumbre. Las noticias de Tours precisaron el peligro: el conde de Sancerre, encargado de una misión en aquella ciudad, tropezó en ella, por la noche, con un grupo de hombres armados, al mando del capitán Castelnau, que le obligaron á retirarse precipitadamente aunque sin aprovecharse de aquel éxito para otra cosa que para esconderse y desaparecer aquella noche misma (14 de marzo).

Advertido el duque, multiplicó los reconocimientos en las inmediaciones de Amboise y en uno de ellos el duque de Nemours vió cerca de Noizay á los capitanes Mazeret y Raunay que se retiraron más que de prisa á aquella casa fortificada. Entonces fué en busca de refuerzos y con ellos regresó para poner cerco á aquel refugio; y como los capitanes que allí esperaban á La Renaudie no estaban en condiciones de poder resistir, se rindieron bajo la promesa de que su vida y su libertad serían respetadas; mas en cuanto llegaron á Amboise, fueron encerrados en un calabozo (15 de marzo).

La Renaudie no había tenido tiempo de acudir en su auxilio, y la toma de Noizay, de donde debía partir el gran ataque del 16, acababa de desorganizar su plan. Al ver á los prisioneros, los cómplices, que se habían instalado en Amboise, huyeron, y Condé, que llegó el mismo día de aquel desastre, sólo pensó en adoptar una postura digna entre los defensores del castillo.

En el entretanto, las partidas, fieles al santo y seña, comparecieron el día indicado delante de aquellas murallas detrás de las cuales no había ya ningún amigo. El 16, un grupo de gentes de á pie, compuesto en parte de artesanos, se encaminó directamente al castillo atravesando bosques; eran los inocentes, los sencillos que se habían encariñado con la idea de ver al rey y de demostrarle, formando multitud numerosa, la necesidad de reformar la Iglesia y el Estado. Francisco II se asomó, según dicen, á una ventana, les invitó á que se retiraran y mandó entregarles algún dinero. Aquellos hombres no se alejaron mucho, sino que se juntaron con las demás partidas, esperando todos con una confianza de fanáticos el suceso que había de determinar el triunfo de su causa. Si La Roche-Chandieu hubiese ido más de prisa, tal vez se habría realizado el milagro; ese capitán, que había saído de Blois para atacar, en la madrugada del 17, el arrabal de los Bonshommes, perdió el tiempo por el camino y no llegó hasta la salida del sol. El brillo de las armas denunció á sus soldados y los centinelas dieron inmediatamente la voz de alarma al castillo; los asaltantes, recibidos á cañonazos, trataron en vano de derribar una puerta, y no pudiendo conseguirlo, desaparecieron.

Entonces los Guisa tomaron la ofensiva y la caballe-



EL ALMIRANTE COLIGNY

Lienzo del siglo XVI que posee hoy la Sociedad francesa de la historia del protestantismo

ría recogió á los fugitivos rezagados, trayendo cada pelotón grupos de diez, quince ó treinta prisioneros, entre los cuales había varios que habían sido puestos en libertad el día antes y que se dejaron coger como niños. Y no porque tuvieran miedo, al contrario; todos tenían la más absoluta confianza en el triunfo final, enumeraban con complacencia las fuerzas de que disponían, el número de soldados y capitanes; estaban convencidos de la justicia de su causa y de la legalidad de apoyar sus peticiones con las armas; y afirmaban á una que sólo se dirigían contra los ministros, protestando, en cambio, de su fidelidad al rey. La cólera de los Guisa subía de punto al ver que se les denunciaba como enemigos públicos. El duque se había hecho delegar, con el título de teniente general, la autoridad militar suprema (15 de marzo de 1560) y el mismo día había consentido en que se sellaran cartas de perdón en favor de los conjurados que debían regresar pacíficamente á sus casas; pero las confesiones de los prisioneros, el número de éstos, el furor y el miedo le hicieron volver á los procedimientos rigurosos, y las cartas de 22 de marzo exceptuaron de la amnistía á todos los jefes y ordenaron al preboste del palacio y á todos los jueces que los procesaran.

La Renaudie había sido muerto el 19 en los bosques inmediatos á Chateau-Renaud; y de los conjurados que los soldados hicieron prisioneros, unos fueron asesinados en el acto y otros arrojados al Loira, con los pies y las manos atados, al paso del puente. El duque había escrito á los administradores de aguas y montes que exterminaran á todos los que se ocultaban en los bosques, y en esta caza del hombre tomaron parte las poblaciones rurales. Las sumersiones, las ejecuciones sumarias y los asesinatos simplificaron la tarea del verdugo. Las instrucciones de los jueces fueron expeditivas y los fallos cumplimentados en el acto, sin que el escribano perdiera el tiempo en leer la sentencia á los condenados. Muy pronto no hubo bastantes horcas; en las almenas y en las puertas del castillo se colgaron también racimos humanos; y el joven rey, la joven reina y las damas acudían después de comer á recrearse con esas escenas de muerte.

Mientras corría la sangre, los protestantes publicaban en la «Requête des Etats» la justificación de su conducta negando que quisieran adelantar por medio de la fuerza el triunfo del Evangelio, pero manifestando que no podían tener el mismo escrúpulo cuando se trataba de una «causa civil y política que es la opresión,» ejercida por los Guisa, sobre el rey, «Estados, leyes y costumbres de Francia;» distinción sutil que les permitía obrar como adversarios políticos y defensores de las tradiciones de un modo que no habrían podido hacerlo como cristianos.

En torno de las víctimas de los Guisa formóse una leyenda que no debe diferir mucho de la verdad: Ville-mongis, antes de presentar su cuello al verdugo, moja sus manos en la sangre de sus compañeros y elevándolas al cielo exclama: «Señor, he aquí la sangre de tus hijos; tú les vengarás;» Castelnau sienta victoriosamente contra el cardenal de Lorena la doctrina calvinista de la Cena y echa en cara al duque sus amenazas «de cortar cabezas» como indignas de un príncipe; dos simples fieles, el platero Le Picard y el «literato» Pedro

de Campagnac, recuerdan al canciller Olivier sus antiguas simpatías por la reforma de la Iglesia y le ponen en contradicción con su pasado; y el canciller tiene un fin deplorable muriendo frenético y desesperado y exclamando: «¡Ah, cardenal, tú eres causa de que todos nos condenemos!» La confusión de los jueces, los remordimientos de su jefe, las demostraciones victoriosas y la constancia de los acusados, recuerdan los procesos de los primeros cristianos y coronan á estos vencidos con la aureola del martirio.

Los Guisa hubieran querido descubrir detrás de los capitanes y de los «pícaros» al inspirador de todos estos movimientos, pues no podían creer que aquellos hombres de baja condición se hubiesen levantado en armas contra la autoridad real para vengar sus propias injurias. Las confesiones de los prisioneros sometidos á la tortura comprometían al príncipe de Condé, por lo que los Guisa le comunicaron el orden de no salir de la corte sin permiso del rey. No había más pruebas de una intervención directa en el complot que las declaraciones de cómplices oscuros, y aunque esto no era suficiente para dar por culpable á un príncipe de la sangre, no se le escatimaban las insinuaciones y se le trataba como sospechoso, hasta el punto de que en una ocasión La Trousse, preboste del palacio, le registró los cofres. Condé se quejó públicamente de las desconfianzas de que era objeto y pidió que se le permitiese justificarse de la sospecha que sobre él pesaba. El rey, accediendo á su ruego, convocó á los grandes señores, á los caballeros de la Orden y á los miembros del Consejo privado para escuchar su justificación, y el príncipe, con gran osadía, ofreció batallas á quienquiera que le acusase, diciendo que quería en aquellas circunstancias olvidar su cualidad de príncipe de la sangre. «¿Sintióse el duque de Guisa conmovido ante aquel acto de valor? Lo cierto es que propuso con entusiasmo al príncipe ser su segundo, si había gentes bastante osadas para recoger el guante. Algunos días después, Condé abandonaba la corte.

### III.—La asamblea de Fontainebleau

La represión había sido tan violenta que causaba cierto malestar, aun en el partido vencedor. Cada día arraigábase más la opinión de que los Guisa no habían hecho otra cosa que vengar una ofensa personal; todos los conjurados habían sostenido, hasta en medio de los tormentos, que sólo á ellos guardaban rencor y que la persona del rey les era querida y sagrada. El Condestable, encargado de dar cuenta al Parlamento del tumulto de Amboise, deslizó en el relato de los hechos consideraciones de una sencillez páfida que reducían el atentado contra la majestad del rey á una empresa tramada por gentes vulgares contra sus principales servidores y ministros. La táctica de la oposición consistió en decir ó dejar que se dijese que la política de los Lorena era la única causa de la sublevación.

La reina madre sentíase muy inclinada á creerlo así, y decididamente encontraba que era muy poco lo que por ella hacían los favoritos, aparte de lo cual el gobierno parcial y violento repugnaba á su carácter, que largas complacencias habían ablandado y preparado para las conciliaciones. En aquella necesidad de apaci-